
Insurgencia y democracia: el caso de Venezuela

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Este trabajo tiene por objeto tratar, someramente, el doloroso proceso de insurgencia guerrillera en Venezuela desde principios de la década del sesenta hasta 1969, cuando la política de pacificación proclamada por el presidente socialcristiano Rafael Caldera promulgó la amnistía y la legalización de los partidos políticos proscritos. En este país tuvo lugar una violenta lucha —que fue considerada como los prolegómenos de una revolución— cuya principal inspiración venía de Cuba, donde el Movimiento 26 de Julio llevaba a cabo sustanciales transformaciones en la sociedad isleña. Mas vayamos por partes y examinemos el contexto en que se dio esta contienda, cuyos panegiristas exaltan con el argumento de que se estuvo a las puertas del poder revolucionario. La realidad no se compagina con estos deseos, como veremos a continuación.

Este periodo histórico se ha estudiado poco. Existe, ciertamente, una abundante literatura de tipo testimonial de los antiguos guerrilleros y participantes, pero todavía está por hacerse un estudio científico y concienzudo al respecto. Esta labor corresponde a las nuevas generaciones que no estuvieron en la línea de fuego, porque la perspectiva histórica y el no involucramiento son

necesarios si se aspira a un análisis objetivo, dado lo traumático del proceso.

El 23 de enero de 1958 es una fecha significativa para Venezuela; en la madrugada de este día el general Marcos Pérez Jiménez y sus colaboradores más íntimos salieron al exilio a bordo del avión presidencial, apodado “La vaca sagrada”. La dictadura militar, que durante diez años (1948-1958) gobernó al país en condiciones económicas excepcionalmente favorables, se abocó a la modernización del país. Durante este lapso crecieron y se consolidaron importantes sectores sociales, como la cada vez más madura burguesía y las clases medias urbanas, cuya conciencia crítica en contra de la represión de la vida política y social era cada vez mayor. Por su parte, las clases populares resintieron el auge económico, que estuvo acompañado de un movimiento obrero reprimido, por lo que su participación en el producto nacional disminuyó durante el periodo.

Los militares fueron especialmente reacios a comprender —y aceptar— los cambios sociales que su misma labor modernizante había propiciado. Fueron expulsados del poder a través de verdaderos levantamientos populares en las calles de Caracas promovidos por la dirigencia media de los prohibidos partidos políticos, tales como Acción Democrática (AD), el Partido Comunista Venezolano (PCV) y la Unión Republicana Democrática (URD). También militaron en su contra la Iglesia Católica, que fue la primera en manifestarse en este sentido, y la burguesía, harta de

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.. *Profesora-investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y del CCYDEL. Autora de diversos artículos y libros sobre temas latinoamericano.*



las preferencias oficiales dispensadas al círculo de los áulicos, y de las deudas no pagadas por el régimen. Las Fuerzas Armadas, a su vez, eran sensibles a la *vox populi* que denunciaba la corrupción imperante en los altos mandos, y al carácter cada vez más carcelario-policial del gobierno. Los intereses estadounidenses tampoco tenían muchas razones para apoyar a Pérez Jiménez, por lo que su salida fue inevitable.

Los problemas para la naciente democracia se presentaron desde un principio. Uno, de no menor importancia, fue que, cuando la vieja guardia de los partidos políticos llegó procedente del exilio, en el país se había gestado una nueva dirigencia, más joven, fogueada y radicalizada en la lucha contra la dictadura. Los nuevos líderes pedían soluciones de fondo para los problemas sociales, soluciones que, según veían, se implantaban en Cuba, a la que tomaron como modelo.

Mientras tanto, la consigna de moda en el campo político era la unidad, necesaria para fortalecer el proceso democrático. En octubre de 1958 los partidos políticos de tendencia democrática

burguesa —AD, COPEI y URD— firmaron el “Pacto de Punto Fijo”, donde se ponían de acuerdo para hacer frente a las próximas elecciones presidenciales y congresales. Formularon, incluso, un programa de gobierno mínimo común, y se comprometieron a la integración de gobiernos de coalición. El Partido Comunista fue excluido del acuerdo, a pesar de que su intervención en la lucha antidictatorial había sido relevante y definitiva. Estos partidos no estaban dispuestos a ceder militancia ni a dejarse arrebatar banderas por los comunistas, que tenían fuerte ascendiente popular, sobre todo en la capital, por su valerosa lucha contra el tirano.

El turno era ahora de los políticos civiles, sobre todo del carismático Rómulo Betancourt, líder histórico de Acción Democrática, partido fundado en 1941 con una plataforma programática de carácter nacionalista, antimperialista y reformista. AD gobernó durante tres años (1945-1948), lapso en el cual se vio envuelto en problemas con la Iglesia, con sectores

importantes de las clases dominantes, con los demás partidos políticos y con el Ejército, que en noviembre de 1948 derrocó a Rómulo Gallegos. Cuando Betancourt regresó, diez años después, traía la lección aprendida, razón por la que se cuidó de entrar en conflicto con estos factores de poder. En las elecciones celebradas en noviembre de 1958 salió electo presidente con el 50% de los votos, además de obtener su partido una amplia mayoría parlamentaria. Para estas fechas el programa de gobierno de AD había perdido todo carácter revolucionario: si en 1945 sus proposiciones eran novedosas, sobre todo en lo concerniente a la democratización política, ahora lo que se pretendía era seguir sin tropiezos con el desarrollo capitalista del país. Por ello, desde su regreso del exilio, Betancourt buscó deslindarse de los comunistas y de su mismo pasado socialista, que lo tuvo, como a tantos otros líderes políticos latinoamericanos, cuyo “radicalismo de juventud” se decanta, con el paso de los años y por las exigencias del poder, en un absoluto reformismo.

En enero de 1959, al cumplirse un año del derrocamiento de la dictadura perezjimenista, Fidel

Castro visitó Caracas. Rómulo Betancourt virtualmente le sacó el bulto, pues no quería verlo, a pesar de que ya era presidente electo. El dirigente cubano solicitó ayuda económica, la que le fue negada con el pretexto de que Venezuela estaba en bancarrota a causa de la defenestrada dictadura. Sus relaciones con la triunfante revolución cubana se remontaban al gobierno de transición (1958-1959), que apoyó material y moralmente a los rebeldes del Movimiento 26 de Julio.

Las analogías entre ambos países no iban más allá de que los dos pueblos se habían liberado de férreas dictaduras, pues mientras en Cuba había un poder militar revolucionario, en Venezuela las Fuerzas Armadas estaban intactas, cuando mucho con la falta de los más connotados generales perezjimenistas, y con una clase política que se aprestaba a la revancha. A pesar de que el gobierno de Betancourt (1959-1964) tuvo que enfrentar una crisis económica motivada por la baja en los precios del petróleo, a causa de la estabilización de la demanda por el término de la reconstrucción europea y japonesa, junto a la resolución de la crisis del canal de Suez, Venezuela contaba con los suficientes recursos para hacer frente a la insurgencia, y para limar las asperezas de la lucha de clases con una política reformista.

En febrero de 1959 el líder adeco tomó posesión de la presidencia de la República. Desde su discurso de aceptación delineó los parámetros de su conducta política: por un lado, confianza en la institucionalidad y no beligerancia política de las Fuerzas Armadas y en la madurez de los partidos políticos de "oposición democrática"; el respeto al Pacto de Punto Fijo y la necesidad de la unidad nacional para demostrar al mundo que en América Latina era posible prosperar en la democracia; la voluntad política de luchar contra la excesiva dependencia económica del petróleo y la necesidad de diversificar la economía; el compromiso de honradez en la administración pública y, en cuanto a política exterior, la exclusión del sistema interamericano de los gobiernos *de facto*. En lo que respecta a Estados Unidos, el

mantenimiento de relaciones cordiales, "que por ser con el país más poderoso del continente, deberán situarse en un plano diferente de la sumisión colonialista y del desplante provocador".¹ Las cartas fueron puestas sobre la mesa desde este momento: el hilo conductor que recorre toda la pieza oratoria puede sintetizarse en las siguientes frases, dirigidas tanto a los que añoran el estado de cosas anterior al 23 de enero de 1958 como a los que reclamaban una real y efectiva transformación del país: "El orden y la democracia son perfectamente compatibles; el irrespeto y la agresión contra las autoridades legítimas no pueden ser tolerados y no serán tolerados".²

Las hostilidades se abrieron cuando en abril de 1959 el Buró Juvenil de AD se separó de este partido y formó el MIR, con Domingo Alberto Rangel al frente, quien se declaró marxista. En octubre de 1960 fueron detenidos los redactores del semanario *Izquierda*, vocero de esta organización, debido a un incendiario editorial donde se proponía la lucha armada como medio legítimo para tomar el poder. A partir de este momento la izquierda venezolana se planteó seriamente la vía armada como medio táctico para acceder al socialismo. Por su parte, el PCV, ante el ninguneo de que era víctima y por las provocaciones del régimen, descubrió que



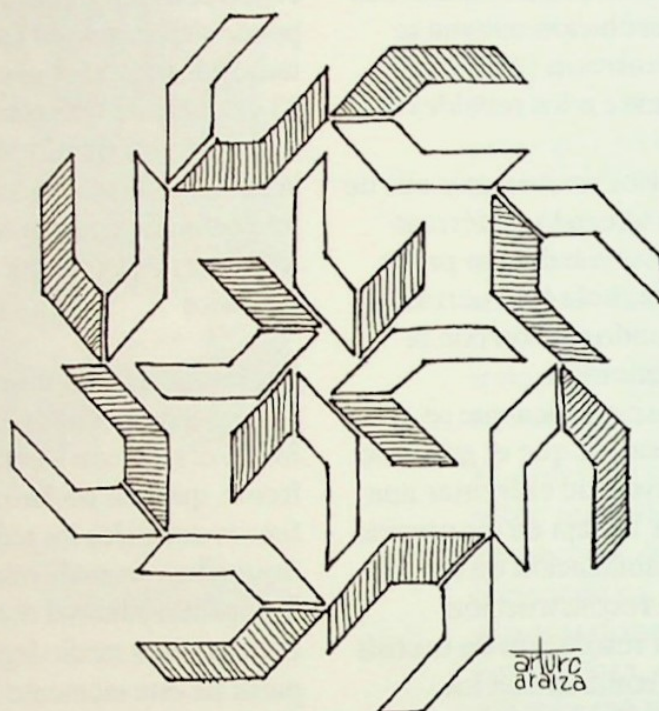
Estadística
Ortega
74

Venezuela estaba madura para el proceso revolucionario, como lo había demostrado la insurgencia popular de enero de 1958. El Comité Central, encabezado por Gustavo Machado, estuvo renuente a apoyar lo que consideraba una aventura juvenil; finalmente, dio su aprobación a la nueva táctica.

El partido URD, de centro izquierda, abandonó la coalición gubernamental con motivo de la polémica desatada en el seno de la OEA sobre la legitimidad de la Revolución cubana. Declaró el derecho del pueblo cubano a decidir su tipo de gobierno sin injerencia externa, y sufrió la pérdida de importantes sectores juveniles, que lo abandonaron para incorporarse a la guerrilla —con Fabricio Ojeda al frente— aunque el partido en su totalidad no abrazó la causa revolucionaria.

No tiene razón de ser la bizantina controversia sobre si Betancourt orilló al surgimiento de la guerrilla con su intransigencia, e inclusive dureza, a fin de limpiar el terreno a sus sucesores, o si la izquierda se lanzó a la aventura animada de un ímpetu mesiánico cuyo origen apuntaba hacia Cuba. Las condiciones del enfrentamiento estaban dadas; ni duda cabe que este avezado político atizó el fuego porque sabía que la contestación no podía ser verdaderamente peligrosa para su proyecto de gobierno. Aprovechó el viaje para encuadrar las Fuerzas Armadas venezolanas en las nuevas tareas de contrainsurgencia, en detrimento de su tradicional intervención política. Para tal fin se importaron asesores norteamericanos y se proporcionó a los militares moderno y sofisticado armamento, adecuado para las nuevas tareas de "paz social". El presidente venezolano no se arredró ante las dificultades que se le presentaban. Dio la batalla en tres frentes: el militar, el ideológico y el económico, con el resultado de que en 1962 anunciaba que la subversión había sido vencida y que lo que quedaban eran "guerrillas nonatas".

Betancourt insistía en que su gobierno estuvo desde un principio asediado por dos conspiraciones: la derechista, protagonizada por los civiles y militares nostálgicos de la dictadura y que no querían deponer su afán de poder ante un régimen democrático, y



La que aspira a su vez a que el régimen representativo y democrático de gobierno, peyorativamente calificado por esas fuerzas como "democracia formal", sea derrocado y sustituido por un sistema totalitario de partido único; de abolición de la propiedad privada, de las libertades políticas, civiles y sindicales; de eliminación de las Fuerzas Armadas regulares para suplantarias por milicias, y de supeditación de la autónoma política exterior del Gobierno de Venezuela a otra que sea simple eco dócil de la política exterior chino-soviética; en otras palabras, que en Venezuela no se gobierne de acuerdo con las pautas y normas que soberanamente se dio la nación

en las elecciones del 7 de diciembre de 1958, sino que se ajuste a los moldes acuñados por el régimen vigente en Cuba.³

El apoyo de Cuba a la revolución venezolana está documentado. Se descubrieron envíos de armas y se capturaron asesores, hechos que el gobierno venezolano presentó con gran escándalo ante la OEA. A fines de 1961 se rompieron las relaciones diplomáticas entre la isla y Venezuela a causa de unas altisonantes declaraciones de las autoridades cubanas en contra del mandatario venezolano. Para entonces, era ya claro que ambos regímenes transitaban por vías distintas, con diferentes proyectos políticos y económicos que los enfrentaban dentro de la estrategia de la Guerra Fría declarada por Estados Unidos.

El punto crítico de la contienda se alcanzó con las sublevaciones, a mediados de 1962, de las bases militar y naval de Carúpano y Puerto Cabello, respectivamente, donde intervinieron militares radicalizados. El saldo de estas jornadas fueron varios centenares de muertos y heridos, aunque la participación de las masas brilló por su ausencia; a partir de este momento declinó el movimiento guerrillero. Con todo, sorprende que los voceros de

los partidos involucrados en la lucha armada externaran sus opiniones a la luz pública, e inclusive editaran sus órganos de prensa, mientras se encontraban en pleno enfrentamiento con el gobierno. Igualmente, contaban con sus propios representantes ante el Congreso.

Para hacer frente a la insurgencia el gobierno venezolano utilizó decretos y leyes constitucionales emanados del autoritario régimen anterior, donde la preponderancia del Ejecutivo era incontestable. En octubre de 1962 se solicitó a la Suprema Corte de Justicia la ilegalización del PCV y del MIR, medida con la que se despojaría de la inmunidad parlamentaria a los senadores y diputados de estos partidos; éstos ya no la utilizarían "como patentes de corso para ser los dirigentes impunes de actos de terrorismo y de violaciones flagrantes de la Constitución y las leyes de Venezuela".⁴ Asimismo, se argumentó que estas organizaciones políticas ya no estaban encuadradas dentro de la ley, sino que "se han transformado en sectas paramilitares, sometidas a órdenes que se imparten verticalmente de asesinar, robar, incendiar, dinamitar, para adquirir méritos, como ejecutores dóciles de órdenes emanadas del extranjero, ante los sínodos de Moscú y de La Habana".⁵

La alineación de Venezuela dentro de la estrategia norteamericana de la Guerra Fría y contra la Revolución cubana fue efectuada por Betancourt con la oposición, no solamente de la extrema izquierda, sino de amplios sectores de las clases medias ilustradas, las que lo acusaron de ser el personaje idóneo para llevar a cabo esta misión. Por otra parte, el "trato hemisférico" que buscó con Estados Unidos se mostró ineficaz, a pesar de la insistencia oficial acerca de la importancia del petróleo venezolano para el mundo occidental, en la paz o en la guerra. Cuando el gobierno norteamericano se vio presionado por las compañías petroleras texanas y por los dueños de las minas de

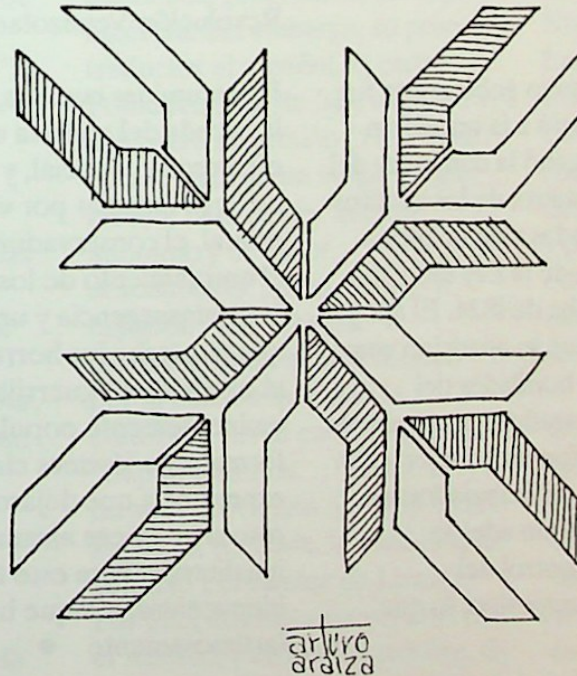
carbón para que se aplicaran restricciones a la importación de crudo venezolano, no vaciló en hacerlo.

La posición venezolana al lado de Estados Unidos quedó claramente establecida en la declaración conjunta que los presidentes de ambos países firmaron el 20 de febrero de 1963 en Washington, D.C., la cual rezaba:

El presidente de Estados Unidos comprometió el apoyo total de su país a la República de Venezuela en la resistencia contra la lucha sin cuartel del comunismo internacional, apoyada especialmente en sus aliados cubanos, dirigida al derrocamiento del gobierno constitucional del presidente Betancourt.⁶

A la década de los sesenta se le ha llamado en Venezuela la "década violenta". Hubo una fuerte represión en las universidades; el Ejército iba y venía sobre ellas, sobre todo de la Universidad Central, sita en Caracas. Lo mismo aconteció en las fábricas y barrios obreros, y en el campo. Quizá nunca llegue a conocerse el número exacto de víctimas que dejó la lucha guerrillera, que por un lado contó con la influencia del foquismo y la concepción romántica del asalto al poder por una

minoría y, por el otro, con un Estado cada vez más complejo, con un creciente apoyo social auspiciado a través del reformismo y de la fachada liberal burguesa. Las bases sociales de la guerrilla estuvieron conformadas por estudiantes, sobre todo universitarios, importantes sectores marginales urbanos, militares y obreros radicalizados. En cuanto al apoyo campesino, éste fue escaso y esporádico. El principal caudal de votos de Acción Democrática provenía del



campo, debido a su retórica —y realización— de la reforma agraria, además de que la represión indiscriminada del Ejército era fuerte argumento para la neutralidad.

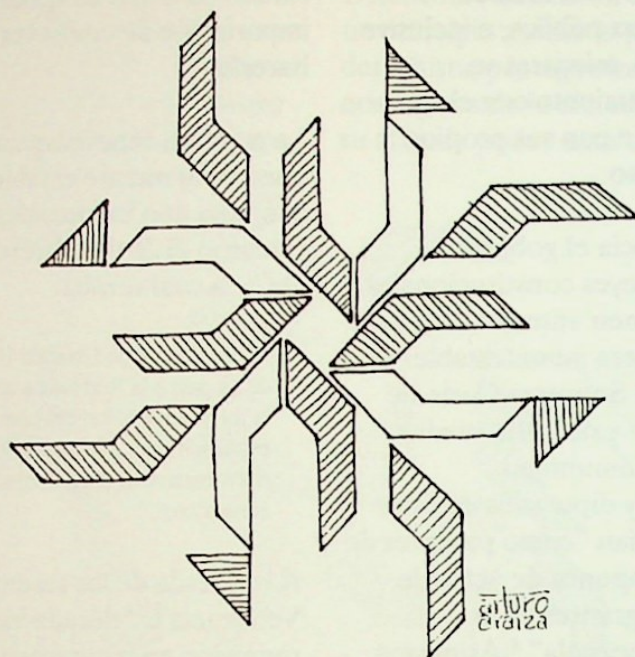
Rómulo Betancourt se convirtió en el abanderado

de la Alianza para el Progreso en América Latina, convencido, junto con el presidente John F. Kennedy, de que la política norteamericana de los años cincuenta, favorable a los gobiernos autoritarios, había propiciado el peligro de la toma del poder por parte de los comunistas, como lo ejemplificaba el caso de Cuba.

Los regímenes de fuerza, a su vez, habían mermado aun más las deprimidas condiciones de vida de las mayorías

latinoamericanas, con el consiguiente resentimiento hacia los Estados Unidos, como se comprobaba con la desastrosa gira emprendida por el vicepresidente Richard M. Nixon en mayo de 1958, cuya recepción en Caracas puso en estado de alerta a las bases estadounidenses estacionadas en Panamá, ya que se temió por su vida.

El mayor éxito de Betancourt como gobernante fue su perduración en el poder: venció a la oposición extremista de ambos signos, se ganó la confianza del capital privado nacional y extranjero, de los cuadros jerárquicos de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia —a lo que ayudó la cancelación de la *Ley de Patronato Eclesiástico*, que databa de 1824. El apoyo del gobierno norteamericano, que lo apadrinó como adalid de la democracia y de las bondades del sistema capitalista ante la amenazadora presencia de la Revolución cubana, también fue muy importante. Por medio de la Confederación de Trabajadores Venezolanos (CTV), con predominio adeísta, detentó el gobierno el estricto control del movimiento sindical, obrero y campesino, lo que facilitó su ejercicio del poder.



En lo que respecta a las fuerzas de izquierda, de vuelta a la legalidad en 1969, se abocaron a un extenso y doloroso análisis sobre las causas de la derrota: reconocieron haber tratado de importar modelos que fueron exitosos en Cuba, pero que en Venezuela no funcionaron. En 1970 se creó el Movimiento al Socialismo (MAS), por parte de los exguerrilleros comunistas Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, partido que entre sus propuestas tiene luchar por un socialismo

“a la venezolana”; se le tilda de socialdemócrata. Por su parte, el Partido Comunista sufrió varias divisiones; entre las más importantes se cuentan la del sector comandado por Douglas Bravo, quien no cejó en la vía armada y siguió en la clandestinidad apoyado por los cubanos. A mediados de los años setenta fue amnistiado; fundó el Partido de la Revolución Venezolana (PRV).

En resumidas cuentas, si bien es cierto que durante la década del sesenta en América Latina se vivió una efervescencia social, y en muchos casos armada, ésta no llegó a cuajar por varias razones: la resistencia estatal, el conservadurismo social, la feroz represión, el enrolamiento de los ejércitos en la doctrina de contrainsurgencia y una exitosa campaña ideológica que mostraba los horrores del comunismo. Aunque el movimiento guerrillero de la época no fue eminentemente popular, pues en general se formaba de jóvenes clasemedios universitarios, la experiencia que dejaron no debe echarse en saco roto si se quiere alcanzar sociedades más justas e igualitarias. Para este fin, todas las lecciones son bienvenidas, aunque hayan fracasado lastimosamente •

Notas

¹ Rómulo Betancourt, *La revolución democrática en Venezuela. 1959-1960*, Caracas, 1968, t. I, p. 17.

² *Ibid.*, p. 16.

³ Rómulo Betancourt, *La revolución democrática en Venezuela.*

1959-1960, Caracas, 1968, t. III, p. 25.

⁴ *Ibid.*, p. 247.

⁵ *Ibid.*, p. 249.

⁶ *Ibid.*, p. 318-319.